El dia siguiente supo Lazarine por una carta del conde de Gordes la repentina muerte de Renée producida por una calentura cerebral.

Raoul añadia que, gracias á la Providencia, Juana estaba mucho mejor, y el doctor Máximo Giraud empezaba á tener fundadas esperanzas.

A la marquesa le causó mucha mas estrañeza que sentimiento la noticia de este suceso; su cariño hácia Renée no tenia nada de entrañable. Vertió algunas lágrimas, digámoslo así de oficio, y por guardar las formas se vistió de luto y no pensó más en ello.

*
* *

Habian trascurrido unos quince dias.

El ex-Begourde habia seguido enviando diariamente su ramo de veinticinco luises.

Los nombres del príncipe Héctor de Castel-Vivant y Lazarine Leroux, viuda del marqués de la Tour du Roy, estaban fijados desde la víspera en la tabla de edictos de la alcaldía del déccimo octavo distrito.

Los periódicos se ocupaban á porfía de este casamiento de la *high-life*, extasiándose en describir la prodigiosa belleza de la futura princesa, y contar el gran número de millones de que disponia la feliz pareja.

Acababan de dar las cuatro de la tarde.

Los criados sabian que la marquesa no recibia á nadie cuando estaba el príncipe, y que esta órden no admitia ninguna excepcion.

Sentado Héctor á los piés de Lazarine, tenia entre sus manos la alabastrina mano de su amada, besando uno por uno los dedos y aquellas uñas tan trasparentes.

De repente los dos enamorados hicieron un movimiento de sorpresa y disgusto.

Se realizaba un hecho increible.

La puerta del salon se habia abierto, presentándose en ella el ayuda de cámara sin que nadie le hubiese llamado.

La marquesa iba á preguntarle en tono severo la causa de su atrevimiento.

No tuvo tiempo.

El ayuda de cámara, inclinándose para dar un paso á una visita, anunció con voz sonora:

—¡El señor Marcelo Laugier!

XXXIII

El ayuda de cámara de la señora marquesa de la Tour du Roy, al anunciar de improviso el nombre de Marcelo Laugier, produjo uno de esos *efectos* que tanto agradan á los autores dramáticos y que arrancan un aplauso general.

Conmovida Lazarine como si fuera un autómata sometido á la accion de un poderoso resorte, se puso de pié, tan pálida como una figura esculpida en mármol blanco, con la boca entreabierta, trémulas las manos, abiertos los ojos en toda su magnitud y fija la mirada en la puerta.

Si un gran artista hubiera querido dar forma palpable al estupor mezclado con el mayor espanto, no hubiera podido encontrar nunca un modelo mas perfecto.

Héctor permanecia sentado sin comprender nada de esta repentina manifestacion de espanto, y miraba con extrañeza á Lazarine, murmurando en voz baja:

—En verdad que es prodigiosa la desvergüenza del húsar; pero ¿por qué tiembla la marquesa de ese modo? ¿Qué tiene que temer estando yo aquí?

Esta corta y muda escena se habia realizado en mucho menos tiempo que hemos tardado en describirla.

Marcelo entró muy tranquilo, sin aparecer terrible, y con apacible rostro mas bien que amenazador.

Saludó á Lazarine, y despues á Héctor, con el aire de buen tono que pudiera hacerlo el más perfecto *gentleman* al penetrar en un salon que le fuera familiar; y viendo la aterradora impresion que habia causado en la dueña de la casa, dijo á ésta sonriendo:

—Os causa espanto un aparecido, ¿no es verdad, señora marquesa? Y como los tiempos que corren son de verdadero escepticismo, no se tiene la costumbre de oír anunciar espectros. Tranquilizaos, el aparecido goza de buena salud. No habeis tenido vos la culpa, ¡ah, Dios mio! lo sé perfectamente, pero, ¿qué quereis? así ha sido.

A Lazarine le faltó la necesaria presencia de espíritu para desarrollar todo su pensamiento, y no encontrando nada que responder, permaneció callada, adivinando con medio instintivo que era inevitable una catástrofe.

Héctor habia abadonado su asiento mientras Marcelo hablaba.

Se atusaba de una manera nerviosa su cuidado bigote, miró al recien llegado con aire provocativo, y exclamó:

—¿Por último, caballero, ¿me explicareis?...

El ex-teniente le interrumpió.

—Os explicaré todo lo que querais que os explique—contestó,—y me tendreis á vuestras órdenes cuando os plazca, como querais y donde querais; pero antes os pido dos minutos de conversacion, seguro de que no os pesará habérmelos concedido, puesto que lo que tengo que deciros es de sumo interés.

—Sin embargo—empezó á decir el príncipe.

Marcelo le cortó por segunda vez la palabra, y continuó:

—Ignorais, querido adversario, que yo tenia el insigne honor de ser uno de los amigos de la señora marquesa, y que no habia adivinado, lo confieso para vergüenza mia, que esta señora, ingeniosa y ya práctica en ello se habia servido de vos contra mí como de un espadachin que busca querella por un precio estipulado. Solo que hay una diferencia muy esencial, vos trabajais gratis... por el honor.... ó mejor dicho, por amor.

—No os comprendo, y pregunto la aclaracion de este enigma—dijo Héctor desconcertado visiblemente, porque las palabras que acababa de oír le herian de una manera muy directa.

—¿La clave de este enigma?—repitió Marcelo.—Tranquilizaos, vais á saberla.... Entre la señora marquesa y yo hay pendiente una cuenta que debemos arreglar.... Será en vuestra presencia.... No estoy aquí con otro objeto, y he venido porque tenia la seguridad de encontraros aquí.

Lazarine, entre tanto, habia recobrado un poco de energia, y jugó el todo por el todo.

—Héctor—murmuró con voz suplicante,—demasiado sabeis que este hombre es mi enemigo..... y que desea perderme.... Si me amais, imponedle silencio.....

El ex-Begourde revistió entonces s
mia con el aire de un gallo de pelea en
zando la cresta.

Iba ya á intervenir.

Marcelo se adelantó.

—Todas las provocaciones del mundo
inútiles en este momento—dijo,—guar
pues, para mas adelante.... Debo hablar
blaré. La señora marquesa tiene un me
ra imponerme silencio haciéndome arroj
sus criados.....

—El consejo es bueno y voy seg
Lazarine dirigiéndose á una mesa
un timbre.

—Mala y peligrosa ide
quilamente.—¿Por
depositar en ma
dencias que
temos á la

La ma

—Y
—Os
Mi
ca, r
cido
pena

—¡
Pefect

de ha-
e! ¡Te-
de la
s prin-
mi ho-
nnias.
lo diez
ar sin
patire-
e uno
tá ter-
estros
porque
os á de-
empuñare-
s.... lo cual
. Procedamos por
á la marquesa de haber-
ar vivo.... ¿Insiste la señora
ecir que mi acusacion es falsa?
da la fuerza de mi indignacion!—
Lazarine.—¡Sois un loco ó un infame!
mentido!
Entonces será preciso que lo demuestre?
eguntó Marcelo.
—¡Os desafío en ello!
—Muchas gracias, señora marquesa. Me ayu-
á que mi papel sea mas aceptable. No
.... me justifico.....

—Sin e.o saludó sonrriendo, y continuó como
Marcel lubiesen interrumpido:
y contin lo tanto, á pesar de las promesas y
—Ign as, de que me ocuparé lo menos posi-
el insigr bia visto, sin pestañear quizá, casarse el
señora e de Castel-Vivant con la marquesa de
confies r du Roy; pero mi conciencia de hombre
geniosa do me impide dejar que un cumplido ca-
vos con , á quien estimo y que pude matar en
querella ucha, venga á casarse con una persona
una difer adorable por lo demas—pero que asa
tis... por e s amigos cuando estos llegan á es-

—No os co un gesto de horror y de incre-
de este enigma—
siblemente, porque las maginaba ver ya á Laza
oír le herian de una maner ndo perdon.

—¿La clave de este enigma?— rario, la jóven
lo.—Tranquilizaos, vais á saberla..mo el reptil
señora marquesa y yo hay pendiente
ta que debemos arreglar.... Será en fame ca-
presencia.... No estoy aquí con otro ob ultra-
y he venido porque tenia la seguridad de el...
contraros aquí.

Lazarine, entre tanto, habia recobrado ı ex-
poco de energia, y jugó el todo por el todo.

—Héctor—murmuró con voz suplicante pupi-
demasiado sabeis que este hombre es mi ey de
migo..... y que desea perderme.... Si
amais, imponedle silencio.....

—El hombre que, como vos acabais de hacer, insulta á una mujer, es un infame! ¡Tenedlo por dicho! La señora marquesa de la Tour du Roy será dentro de quince dias princesa de Castel-Vivant.... Su honor es mi honor, y os pido cuentas por vuestras calumnias.

—¡Ya lo creo! ¡Y os daré razon de ello diez veces mejor que una!—replicó el ex-húsar sin perder nada de su sangre fria.—Y nos batiremos todas las veces que querais, hasta que uno de los dos haya acabado con el otro. Está terminado y decidido; espero esta noche vuestros testigos, pero vais á escucharme antes, porque quiero que sepais á fondo porqué vamos á degollarnos.... y cuando lo sepais, empuñaremos la espada si aún os empeñais.... lo cual me permito dudar un poco... Procedamos por órden.... He acusado á la marquesa de haberme querido quemar vivo.... ¿Insiste la señora marquesa en decir que mi acusacion es falsa?

—¡Con toda la fuerza de mi indignacion!—exclamó Lazarine.—¡Sois un loco ó un infame! ¡Habeis mentido!

—¿Entonces será preciso que lo demuestre?—preguntó Marcelo.

—¡Os desafío en ello!

—Muchas gracias, señora marquesa. Me ayudais á que mi papel sea mas aceptable. No acuso.... me justifico.....

El jóven sacó de su cartera una carta que presentó á Héctor, diciéndole:

—Leed.....

El príncipe tembló al reconocer la letra de Lazarine.

—Leed—repitió Marcelo.

Héctor devoró las cuatro páginas de la carta que habia dirigido á su antiguo amante invitándole á que fuese á la Tour du Roy.

Quizá no se haya olvidado que esta epístola terminaba con algunas frases que no eran nada ambíguas.

"En el intervalo de tiempo que trascurra entre el recibo de ésta y vuestra marcha de Paris (que será, segun espero, muy corto), no veais á nadie, ni aún á mi mismo padre.... Sobre todo no hableis nunca de mí... Tiembla vuestra voz cada vez que pronuncias mi nombre, y esta turbacion puede haceros traicion.

"No os digo nada de mis sentimientos.

"El paso que he dado hoy es mucho mas significativo que las frases mas elocuentes.

"*No participo de vuestra alegria respecto de la inesperada salud de vuestro adversario.*

"*Este loco pudo haberos muerto.... y por esto solo merecia la muerte.*"

—¿Y bien?—preguntó Marcelo cuando hubo concluido Héctor—¿está claro?

Bajos los ojos y sin responder, devolvió el príncipe la carta al ex-teniente.

Este último volvió á tomar la palabra.

En breves palabras contó su llegada á la posada de *El Caballo blanco*, su entrevista con Lazarine, el arrendamiento de la casa Bréchu, continuando en estos términos:

—La segunda noche no debia venir la señora marquesa.... Así me lo habia ofrecido.... Por lo tanto, yo no la esperaba, pero me era imposible dormir; cansado y fastidiado por los lúgubres graznidos del buho que aleteaba alrededor de mi cuarto, cogí la escopeta que habia en la casa de Bréchu, y me fuí de emboscada al bosque próximo con deseo de cazar algun mochuelo ó buho que pudiese espantar á los demas.... Trascurrida una hora de inútil ojeo, me volví á casa.... Ya iba á retirarme... Un vivo resplandor que salia de las ventanas del piso bajo llamó mi atencion.... La casa estaba ardiendo.... La señora marquesa no dió mas de cien pasos, se volvió y se paró, bien convencida de que yo dormia en el piso principal, mirando tranquilamente como se propagaba el incendio consumiéndolo todo.... Cuando la casa fué solo un monton de ruinas, creyéndose la señora marquesa libre de un importuno, ó lo que es lo mismo, creyéndose ya en completa libertad, volvió á tomar tranquila el camino de

su castillo. Estaba en salvo, y sin embargo, me hice el muerto.... Este era el único medio que me quedaba para averiguar qué imperiosa razon habia obligado á la graciosa señora marquesa para tomar conmigo medidas tan exageradamente rigurosas.... Queria saberlo y lo supe... La señora marquesa de la Tour du Roy queria adornarse con un título de príncesa, y juntar á sus numerosos millones los millones todavia más numerosos del príncipe de Castel-Vivant. Pero plenamente convencida de que mientras yo existiera en el mundo no podia casarse con nadie, la señora marquesa tomó el partido de quitarme de en medio.... Lo combinó todo de mano maestra. Pero desgraciadamente la casualidad se ha puesto de por medio, y cometo la sinrazon de vivir todavia.... ¿No es así, querida señora? ¿Sigo siendo un calumniador?.... ¿Es inventado por mí el crímen?

—¡Ah!—balbuceó Lazarine,—las apariencias me acusan, bien lo veo, pero no he pegado fuego voluntariamente.... ¡lo juro!

—Pero habeis dejado que tome incremento, peruadida de que yo estaba allí, sin dar una voz de alarma. No sois el asesino, está bien... pero sois su cómplice.... Esto viene á ser igual.

La marquesa de la Tour du Roy se volvió hácia el príncipe.

—Héctor—le dijo con el rostro bañado en lágrimas y con un acento lleno de pasion,—si hay alguien en el mundo que no tenga derecho á condenarme, ese sois vos..... Ese hombre, ese perseguidor, se ponia en medio de nosotros... He querido romper el obstáculo.... Si he cometido un crímen, lo he cometido por vos.... ¡Os amo!

—¡Está bien!—inrerrumpió Marcelo encogiéndose de hombros.—Le amais como me amábais en Orleans cuarenta y ocho horas despues de la muerte del marqués Roberto.... ¡En vuestro pecho no se rinde culto más que al dios millon! ¡Su Majestad el dinero posee todo vuestro amor!.... Dejad de representar una comedia inútil, y vivid en paz si es que os lo permite vuestra conciencia.... Quedad con Dios, señora.... Princesa, ahora que ya sabeis todo, ¿os venís conmigo, ú os quedais aquí?...

XXXIV

—¿Os venís conmigo, ú os quedais aquí, príncipe?—habia preguntado Marcelo Laugier.

Héctor tardó en responder á esta pregunta.

—Duda—pensó Lazarine.—¡Se quedará!

Efectivamente, el jóven dudaba. Porque si